



# OPINION

688861

Diez años

## Ricardo Latcham

Por Enrique Lafourcade

Dijo en "Algo estrictamente personal": "Yo sentí correr por mis venas lo que David Herbert Lawrence denomina "un palpitante circuito de sangre", mezcla de orgullo, de dormidos afectos, de tenues sentimientos, de poderosos presagios". ¿Qué duda cabe? El niño que vaga por el mundo con su padre, y que desde pequeño juega con libros, juega a leer a los cronistas, a tragar, el niño-hombre nervioso, a quien aquieta hasta el trance una historia. Envuelto en letra, en tinta, papel, pergamino, en piel de Suecia y cuero de Rusia, Ricardo Latcham debió ser un "ordenado" en la clásica inmovilidad, en la contención y mesura, en el culto a las formas. Alguien como Andrés Bello, o como Hernán Díaz Arrieta; hoy. Los mundos imaginarios tranquilizan a los demonios.

Pero no en el caso de "Ricardito". Así le decía Mariano Latorre, su viejo amigo. Era un volcán. La sangre sajona, cuyos glóbulos fuera a recoger en melancólica peregrinación a Bristol, apenas si se advertía en sus ojos celestes, y en la nariz alzada. También, es seguro, la estatura, los seis pies del imperio. Tenía un primo nacido en Chile, que combatió en los desiertos africanos, acompañó a Churchill a la Conferencia de Teherán, recibió la misión de arrestar a Von Ribbentrop, cuyo pijama conservaban como una reliquia sus tios en Londres. Y aun este primo logró detener a Von Doenitz, en Alemania. Sin embargo, Ricardo sentía adentro las fermentaciones hispánicas, y las hazañas de conquistadores, clérigos y letrados, en el descubrimiento y bautizo de esta tierra.

Fue su padre el que le enseñó a amarla. Con él hizo peregrinaciones honradas por archivos, museos, bibliotecas, sótanos, librerías de viejo, por Salamanca y Madrid, en Sevilla y Barcelona, o los virreinos hispanos; "Ricardito" descubría y se amistaba con vejetes sabios, con sacerdotes filólogos, con políticos historiadores. Era implacable, no perdónaba un dato inexacto. Admiraba a Simón Rodríguez y algo tenía del fervor excéntrico del venezolano. Sobremanera, "Ricardito" o "Don Ricardo" respetaba la cultura y los modos en que ésta puede cambiar al hombre. Naturalmente, para



una naturaleza dionisiaca como era la suya, la cultura también estaba formada por el amor —muy retórico y casi idealizado, monógamo puro— el comer y el beber, la risa, el chismorreo, los viajes locos, las polémicas suicidas. Disciplinas de trabajo y desenfrenos vitales. No tenía intocables y si venía a cuenta, atacaba al más peraltado intelectual. Recuerdo una intervención suya contra Marañón; éste, previamente —Pen Club, Buenos Aires— había declarado "piratas" y "ladrones" a los editores chilenos. Latcham concede algo, aunque manifiesta que la patente de corso ya la tenían los españoles muchos años antes, y dispara andanada tras andanada; editoriales, títulos, autores. Cátedra, periodismo, política, amistades múltiples, diplomacia e irreverencias magníficas, consumieron sus días con excesiva velocidad. Era —espiritualmente— el más joven de nuestros intelectuales. Hace ya diez años de su muerte.

Aunque yo aseguro haberlo visto hoy en una esquina de San Antonio con Huérfanos, moviendo sus brazos, discrepante, lleno de libros y papeles impugnador festivo del mundo.

# Ricardo Latcham [artículo] Enrique Lafourcade.

Libros y documentos

## AUTORÍA

Lafourcade, Enrique, 1927-2019

## FECHA DE PUBLICACIÓN

1975

## FORMATO

Artículo

## DATOS DE PUBLICACIÓN

Ricardo Latcham [artículo] Enrique Lafourcade. retr.

## FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

## UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile